

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# La Historia De Gretchen Y La Sorpresa De Navidad

Era casi Navidad cuando uno de los barcos blancos que surcan los mares trajo a una niña alemana llamada Gretchen, con su padre y su madre, para encontrar un nuevo hogar en nuestra querida tierra.

Gretchen lo sabía todo sobre la Navidad. Había oído la historia una y otra vez, y la disfrutaba desde que tenía uso de razón.

Todos los años, un poco antes de Navidad, se habían colocado sus zapatos en el jardín para que Rupert, que es uno de los ayudantes alemanes de Santa Claus, los llenara, y todos los años había encontrado un árbol de Navidad encendido para ella el día de Navidad. Al cruzar el océano se preguntaba un poco cómo celebraría la Navidad en el nuevo país, y se preguntaba aún más cuándo llegarían a una gran ciudad y subían sus cajas por las escaleras hasta una pequeña habitación en una pensión.

A la madre de Gretchen no le gustaban las pensiones, y lo primero que pensaron fue en encontrar un lugar donde pudieran sentirse como en casa; pero a la mañana siguiente de su largo viaje, el querido padre estaba demasiado enfermo para levantar la cabeza de la almohada, y Gretchen y su madre estuvieron muy tristes durante muchos días. Estar tan arriba en una

pensión no es agradable (aunque parezcas estar más cerca de las estrellas) cuando alguien a quien quieres está enfermo; y, además, Gretchen empezó a pensar que Santa Claus y Rupert se habían olvidado de ella, porque cuando ponía sus dos zapatitos de madera delante de la puerta, nunca los llenaban de golosinas, y la gente tropezaba con ellos y protestaba.

Las lágrimas rodaban por las gordas y rosadas mejillas de Gretchen y caían en los zapatos vacíos, y ella decidió que la gente en América no celebraba la Navidad, y deseó estar de nuevo en su propia Alemania. Un día, sin embargo, una buena mujer de la casa se compadeció de la solitaria niña alemana, que no hablaba inglés, y preguntó a la madre de Gretchen si podía acompañarla a ver las hermosas tiendas. No era más que una pobre mujer, y no tenía regalos que hacer; pero sabía ser amable con Gretchen, y la tomaba de la mano y le sonreía muy a menudo mientras recorrían apresuradamente la calle atestada de gente.

Era la víspera de Navidad, y una multitud de gente se movía de aquí para allá, y Gretchen pronto se sintió desconcertada, y la empujaron y zarandearon hasta que se cansó; pero al fin entraron en una tienda que hizo que sus ojos azules se abrieran de par en par, pues era una juguetería, y el lugar más hermoso que había visto en su vida. En aquella tienda había juguetes que habían cruzado el mar, como Gretchen; había muñecas preciosas de Francia, que pasaban sus primeras Navidades lejos de casa; había ovejas de lana, soldaditos finamente pintados y muebles delicados, y toda una

serie de juguetes maravillosos marcados con mucho cuidado: "Hecho en Alemania"; e incluso los japoneses, desde su isla en el gran océano, habían enviado sus muñecas para ayudarnos a celebrar la Navidad.

¡Oh! Era espléndido estar en la juguetería la víspera de Navidad. Todos los soldaditos de plomo se mantenían erguidos, como si estuvieran listos para marchar cuando los tambores grandes y los pequeños, que colgaban sobre sus cabezas, los llamaran.

Los caballos mecedores, que siempre están ensillados, esperaban para salir al galope. Los trompos estaban ansiosos por girar, y los balones a veces rodaban de un lado a otro, porque les costaba mucho quedarse quietos.

Las muñecas estaban vestidas con sus mejores galas. Una de ellas era una princesa, con un vestido de raso blanco y una corona en la cabeza. Estaba sentada en un trono en una de las ventanas, con todas las demás muñecas a su alrededor; y fue precisamente en esta ventana donde Gretchen vio un muñeco bebé, que le hizo olvidar todo lo demás. Era un muñeco de verdad, no tan bonito como la mayoría de los otros, pero con una expresión en la cara como si quisiera ser amado, y el



cálido corazón alemán de Gretchen se compadeció de él, porque las madrecitas son iguales en todo el mundo. ¡Qué muñeco tan bonito! Debía de ser un regalo de Navidad, pensó Gretchen, y si el regalador venía a esta extraña tierra americana, seguro que la encontraría. ¿Cómo podía decirle dónde estaba? Estuvo pensando en ello todo el camino de vuelta a casa y durante todo el día, hasta que el gas se encendió en la gran ciudad, las estrellas se iluminaron en lo alto, y la hora de su llegada se acercó.

El padre estaba mejor, pero la madre había dicho, con lágrimas en los ojos,, que aquel año no habría árbol de Navidad para ellos. Así que Gretchen no los preocupó, sino que se envolvió en una manta y un chal y, tomando sus zapatos en la mano, bajó sigilosamente las escaleras, atravesó la puerta y salió al pórtico de madera. Aquel día había nevado ligeramente, pero era una Navidad apacible, y Gretchen colocó los zapatos en su sitio y se sentó junto a ellos, pues había decidido vigilarlos hasta que pasara Santa Claus.

Por toda la ciudad repicaban las campanas, diciendo "Feliz Navidad" unas a otras y al mundo; y cantaban tan dulcemente a la pequeña Gretchen que la hicieron quedarse dormida aquella Nochebuena.

Aquella misma noche, en la gran ciudad, una niña americana llamada Margarita tenía el corazón tan lleno de amor y alegría que quería hacer feliz a todo el mundo por Navidad.

Se había levantado temprano la víspera de Navidad, y durante todo el día había estado haciendo obras de

amor; y cuando llegó la noche, y empezaron a sonar las campanas, partió con una cesta de juguetes hacia una iglesia, donde debía ayudar a Santa Claus haciendo regalos a los niños de los pobres.



Su papá la acompañaba, y ambos estaban tan contentos que cantaban alegres villancicos y seguían el compás con los pies mientras bajaban a toda prisa por la calle, frente a la escalinata de madera, justo cuando Gretchen se quedó dormida junto a sus zapatos vacíos. La luna había visto

aquellos zapatos vacíos y los estaba llenando de rayos de luna. Las estrellas los habían visto, y se asomaron a ellos con lástima; y cuando Margarita y su padre los vieron se gritaron el uno al otro, pues habían estado en Alemania, y sabían que la pequeña dueña estaba esperando al buen Santa Claus.

—¿Qué podemos regalarle? —susurró el padre de Margarita, mientras miraba sus paquetes; pero Margarita lo sabía, porque sacó de su cesta un muñeco bebé, uno que parecía querer ser amado, y lo colocó con ternura sobre los zapatos de madera. Entonces Margarita levantó una esquina de la manta que cubría la rosada cara de Gretchen y gritó con efusividad: —¡Feliz Navidad!

La niña se despertó sobresaltada al encontrar, no a Margarita y a su papá, pues se habían escapado, sino,

¡Oh maravilla de las maravillas! El regalo de Navidad más querido que jamás haya llegado a una niña añorante, y que la hizo sentirse como en casa.

¡Oh! todas las campanas cantaban y repicaban, y Margarita y su papá les respondieron con su alegre villancico, mientras seguían su camino.